

El Poeta

Inédito

Todavía recuerdo la llana facilidad del viejo diálogo entre Alberto Santana y el poeta:

—Pedro —lo urgía Santana— me gustaría que precisases la épica que tuvo el cine chileno en su nacimiento. Me parece que tú fuiste testigo, padrino y hasta la propia criatura que recibió el bautizo.

Pedro Sienna sonreía entonces, mirando hacia el recuerdo:

—¿En qué condiciones hicimos las primeras películas? —contestaba—. ¡En las peores! Los locales de los "estudios" —cuando los teníamos— eran sitios que no pasaban de constituir un rincón de patio, galpón, caballeriza o lo que fuera. Se les llamaba "talleres". Allí todo era improvisado y todo insuficiente. Para las escenas de interiores se armaba el decorado con bastidores cubiertos de papel floreado. ¡Buenos chascos nos llevamos con el dichoso papel! Los rojos salían negros, los azules se nos desvanecían y los fondos horribles se nos venían encima. Pero luego descubrimos la cromática fotográfica y al papel floreado lo echamos para atrás.

¿Iluminación? Prácticamente "a giorno". ¡A pura luz del día! Graduábamos su intensidad con un toldo de sábanas.

¿Reflectores? Conseguíamos prestada una lámpara de arco, donde los carbones nos fallaban a cada rato. Los reflectores favoritos, los seguros, eran otros, unos cartones grandes, cuadrados, refregados con polvo de aluminio. En ellos recogíamos la luz solar y la re proyectábamos sobre la escena para obtener efectos luminosos suplementarios. Los cartones se acomodaban sobre una silla coja, pero cuando soplabla el viento era preciso que los sostuviera una visita de buena voluntad. Esta visita gritaba casi siempre: "¡va a pasar una nube!", y la filmación se paraba inevitablemente hasta que a la nube le diera la gana de retirarse.

—La pobreza de elementos de laboratorio para el revelado y copias andaba por las mismas. No teníamos noticias de que existían o podían existir reveladoras automáticas. Se ponían los metros de película en unos bastidores y cuando había apuro en sacarlas el inmenso Gustavo Bussenius le ordenaba a su ayudante: "¡Toma este bastidor y date una vuelta en carro arriba", y el ayudante salía a darse una vuelta completa en el imperial de algún tranvía, con el bastidor enarbolado como un estandarte, para regresar con la película perfectamente seca. Sólo había que sacarle a papirotazos algunos cadáveres de moscas.

¿A qué seguir detallando?

Las dificultades más odiosas, los tropiezos más inverosímiles tenían que ser salvados a fuerza de astucia y empeñamiento. Cada uno de nosotros era una especie de hombre orquesta. Nos correspondía a todos no sólo dirigir la película sino también hacer el argumento, escribir el guión, parar el decorado y protagonizar la acción, maquillándonos mutuamente. Luego había que compaginar las escenas, pegarlas y hasta barrer la oficina porque no había quien lo hiciera.

Así nació el cine chileno, sólo con aperos de coraje, y el poeta volvía a sonreír ante la nostalgia.

—Cuando Coke estaba filmando "Juro no volver a amar" en 1923 —recordaba—, necesitaba un dormitorio "así y asá", pero no tenía un cobre para montarlo. Andaba desesperado. De repente pasó frente a la mueblería Llul, instalada en pleno centro, que exhibía en sus vitrinas el dormitorio de su sueño. Coke habló con los Llul, estos consintieron, y al día siguiente instaló su cámara en la acera y filmó las escenas que requería, "a través del vidrio", mientras los amigos de buena voluntad actuaban con los consabidos reflectores de cartón desde los balcones de las casas vecinas.

En el dormitorio estaban la actriz y su galán, que fue después el general Cañas Montalva. Este tuvo que desvestirse y meterse en la cama con heroísmo militar, bajo el alboroto de los curiosos de la calle que chillaban como el diablo viendo la escena.

—¿Cosas para la risa? —decía el poeta—. Tal vez. Pero no es para que se rían, que resumo estas anécdotas, sino porque pintan mejor que nada el fervor y el espíritu de sacrificio que animaba a los precursores del cine chileno. Estos no eran hechos aislados, de excepción. Eran el pan de cada día, dándole una heráldica valiente a los inicios del cine nacional. Es lo que me enorgullece, porque yo estuve al medio de la lucha.